

# **LA PATAGONIA FUSILADA**

Guido Barsi, Kundo Krunch, Mauro Sánchez, Pablo  
Romero, Carlos Barrocelli y José Flores

# LA PATAGONIA FUSILADA

*Ediciones* **ryr**

La Patagonia fusilada / Guido Barsi ... [et al.].  
1a ed . Ciudad Autónoma de Buenos Aires : RyR, 2016.  
126 p. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-987-1421-95-4

1. Lucha de Clases. Clases. 2. Huelga. 3. Movimiento Obrero . I. Barsi,  
Guido  
CDD 331.89

by Ediciones ryr, 2016, Buenos Aires, Argentina  
Queda hecho el depósito que marca la ley 11723  
Printed in Argentina- Impreso en Argentina

Se terminó de imprimir en Pavón 1625, C.P. 1870.  
Avellaneda, provincia de Buenos Aires, Argentina.  
Primera edición: Ediciones ryr, Buenos Aires, junio de 2016.  
Responsable editorial: Nicolás Grimaldi  
Diseño de tapa: Sebastiaán Cominello  
Diseño de interior: Nicolás Grimaldi  
[www.razonyrevolucion.org.ar](http://www.razonyrevolucion.org.ar)  
[editorial@razonyrevolucion.org.ar](mailto:editorial@razonyrevolucion.org.ar)

# Dibujar el futuro

## La democracia y la lucha del proletariado

Rodolfo Leyes

*La Patagonia Rebelde*, de Osvaldo Bayer, ha conocido casi todos los formatos posibles, a los que hoy se le agrega uno más: la historieta. La tarea, con el lápiz y el pincel, es obra de cinco dibujantes, Kundo Krunch, Mauro Sánchez, Pablo Romero, José Flores y Carlos Barrocelli, quienes dieron vida, con diferentes estilos, al guión preparado por Guido Barsi, tomando la obra de Bayer como guía. Se trata de un trabajo bien logrado por este colectivo de artistas, que renueva la denuncia de uno de los hechos represivos más crudos que ha conocido la clase obrera argentina: las masacres de trabajadores rurales en el sur argentino en manos del Ejército, bajo las órdenes del presidente radical Hipólito Yrigoyen, el primero elegido por la Ley Sáenz Peña.

### Un constructor de historias

La historia es un campo de disputa. La clase dominante nos muestra una historia escrita de acuerdo a sus intereses y, por lo tanto, cortada, mutilada y ordenada según su concepción del mundo. Se reemplazan los procesos por individuos; se esconde la disidencia a favor de la disciplina. La historia, según la burguesía y sus historiadores, es una lucha entre héroes y villanos. Las clases sociales no existen. A lo sumo, los intereses en disputa se dividen entre los nacionales y los extranjeros o entre dos fracciones de la misma clase social. Dicho esto, el lector se puede imaginar cuál es el espacio que han ocupado los trabajadores en la producción historiográfica argentina. Por ello, el estudio científico de la historia obrera tiene un componente subversivo, un componente de estudio crítico que cuestiona la realidad. Se recuperan hechos, sucesos y sujetos que incomodan.

La obra de Osvaldo Bayer es pionera en la producción historiográfica sobre los trabajadores. En 1970 se publicó su primer trabajo, *Severino Di Giovanni, el idealista de la violencia*, un texto fundamental sobre el anarquismo argentino, que supo mostrar las luchas intestinas del movimiento ácrata, la violencia política y el destino de los militantes comprometidos con la estrategia del terrorismo político. Dos años más tarde se publicaron los dos primeros tomos de *La Patagonia Rebelde*, obras que sintetizaban más de ocho años de trabajo de investigación y varios viajes a la Patagonia. Fue una labor de rompecabezas que había comenzado en su propia infancia, cuando su padre le contaba sobre aquellos hechos de los que había sido testigo, sin saber que había sembrado la semilla de la cual brotaría esta obra notable, que llegaría al cine poco antes del golpe del 76.

En 1975, salió a la luz *Los anarquistas expropiadores*, compilación de textos en la cual Bayer explora aspectos pocos conocidos de ese movimiento y rescata del olvido el conflicto de Jacinto Arauz. La compilación también reunía trabajos de denuncia histórica sobre negociados inmobiliarios de altos funcionarios, abusos de poder y la batalla naval que hundió al barco alemán Admiral Graf Spee, frente a las costas uruguayas. Ese mismo año, Bayer debió exiliarse en Berlín, incluido en las listas negras de la Triple A.

No fue hasta el año 1984 que volvió a publicar, y lo hizo acompañado por el poeta Juan Gelman con el título de *Exilio*. No hace falta agregar mucho sobre su contenido. Nuestro historiador cedió, en 1993, notas a una compilación llamada *Rebeldía y esperanza*, dónde se rescatan reflexiones y nombres como las del anarquista Badaraco, el sindicalista Agustín Tosco y Rosa Luxemburgo. Con el mismo carácter fue compilado en 1999, *En camino al paraíso*. A la prolífica obra editada y compilada deberíamos sumar los miles de artículos periodísticos escritos en ambas costas del Atlántico. Hoy, Bayer está escribiendo sus memorias, que sin dudas, darán que hablar.

Eric Hobsbawm decía que había una diferencia entre la historia de la clase trabajadora y el material de propaganda para inspirar a los militantes obreros, aunque un buen material histórico podía ser ambas cosas<sup>1</sup>. La denuncia permanente, el rescate de los personajes invisibilizados en la Historia, hacen que la obra de Bayer coincida con las palabras del historiador inglés.

Dentro de los méritos de la obra de Bayer se cuenta la puesta en escena de los trabajadores rurales, la fracción más grande de la clase obrera argentina por mucho tiempo. La mayor parte de los trabajos históricos habían recalado en

---

<sup>1</sup>Hobsbawm, Eric: "Historia de la clase obrera e ideología", en *El mundo del trabajo*, Crítica, Barcelona, 1987, p.18.

una imagen que para algunos distraídos aún persiste, entendiendo a la clase obrera como un fenómeno urbano. Osvaldo Bayer contó sobre las huelgas en el sur argentino y en el corazón de la Pampa húmeda, lejos de la Capital Federal, demostrando que no existía ningún determinismo geográfico que impidiera la organización obrera. Su trabajo puso sobre el tapete algo que al leer las prensas obreras de la época sobresale: el proletariado rural luchó, y en ese periodo histórico, luchó mucho más que otras fracciones más conocidas.

El estudio vinculado a los trabajadores del interior tiene su jalón más conocido en los sucesos de la Patagonia. Sin embargo, Bayer expone otro “ejemplo” con un resultado similar: “La masacre de Jacinto Arauz”, obra compilada en el ya mencionado *Los anarquistas expropiadores*. En ella mostró los incidentes sucedidos entre obreros anarquistas y la policía de esa pequeña localidad pampeana, durante aquel periodo convulsionado comprendido entre 1916 y 1921. Describiremos brevemente las luchas del período para que el lector tenga un marco de referencia de lo que va a disfrutar luego, al internarse en las páginas de esta edición.

## Los invisibles de un contexto siempre hostil

A partir de 1916, la clase obrera se encontraba en vías de reorganización tras la dura represión sufrida en el Centenario de la Revolución de Mayo. Hacia 1910, la Federación Obrera de la Región Argentina (F.O.R.A.), de orientación anarquista, había sido golpeada salvajemente, sus dirigentes habían sido expulsados, otros encarcelados, sus locales sindicales y sus periódicos clausurados. Como resultado de ello, la hegemonía plena del anarquismo dentro del movimiento obrero argentino culminó. En el congreso de la central obrera, realizado en 1915, la organización pasó a ser dirigida por los sindicalistas revolucionarios, lo que provocó, a posteriori, la escisión de los viejos anarquistas. A partir de aquel momento, hubo dos federaciones: la F.O.R.A. del Vº Congreso, que se declaraba partidaria del “comunismo-anárquico”, y la del IXº Congreso, o “sindicalista”. Este último grupo se caracterizó por la no intervención en cuestiones políticas partidarias y, si bien adhirió a la huelga general revolucionaria como arma suprema para derribar el sistema capitalista, en la práctica se caracterizó por un pragmatismo que correspondía más bien a una estrategia claramente reformista<sup>2</sup>. El sindicato más importante, de esa corriente y del

---

<sup>2</sup>Por esta razón, Eduardo Sartelli ha preferido rechazar la expresión “sindicalismo revolucionario”, por la de “sindicalismo independiente”, atento a que sus partidarios defendían a capa y espada la independencia del Estado, lo que los diferencia del sindicalismo

movimiento obrero en general, era la Federación Obrera Marítima (FOM), columna vertebral del transporte fluvial y sobre la que se apoyó buena parte del desarrollo gremial del periodo.

Con la F.O.R.A. IX°, el movimiento sindical argentino contó por primera vez con una organización de alcance nacional, presta a brindar solidaridad con dinero o boicot contra quienes no querían plegarse a las demandas de los obreros. Así, surgieron sindicatos por todo el país, en particular, y con una llamativa virulencia, en la Pampa húmeda<sup>3</sup>.

El fin de la Primera Guerra mundial había generado un retroceso en la demanda de los bienes primarios que Argentina exportaba, por lo cual, un horizonte de desocupación amenazaba el trabajo de miles. Y de remate, se produjo un incremento en los precios de los productos de primera necesidad, dando por resultado un contexto material adverso que empujó a la lucha. El ciclo de ascenso de la lucha de clases que comenzó en 1916, se mantuvo hasta mediados de 1921.

Es esta coyuntura crítica la que va a cambiar la estrategia que el nuevo presidente había desarrollado para atraer hacia sí una parte del movimiento obrero, a fin de contrapesar la creciente importancia electoral que la Ley Sáenz Peña le brindó al Partido Socialista. Habiendo establecido una relación particular con la FOM, a la que facilitó el accionar huelguístico en los puertos con la negativa a intervenir con la policía o el Ejército, Yrigoyen va a dar un giro profundo en su política obrera a partir de la Semana Trágica. Buena parte de ese cambio se manifestó en un “dejar hacer” a las organizaciones patronales que surgieron para contener el poder creciente de la FOM: la Liga Patriótica Argentina, fundada por Manuel Carlés, y la Asociación Nacional del Trabajo, dirigida por Joaquín Anchorena.

La ofensiva burguesa que comenzó con la Semana Trágica, recrudesció en los años siguientes. Son varios los sucesos represivos en manos del Estado o de los “liguistas” que se produjeron hasta 1921: Tres Arroyos, Villaguay, Gualeguaychú, la Patagonia –sobre la que nos referiremos más adelante–, la

---

peronista, al cual muchos de ellos terminaron incorporándose. Véase “Un barco en la tormenta. La FOM y la apuesta del movimiento obrero en la primera posguerra (1914-1922)”, en prensa.

<sup>3</sup>Sartelli, Eduardo: “Los sindicatos obreros-rurales en la región pampeana, 1900-1922” en Ansaldi, Waldo (comp.): *Conflictos obreros rurales pampeanos, 1900-1937*, CEAL, Buenos Aires, 1993, Tomo 3.

huelga de La Forestal en el Chaco,<sup>4</sup> y Jacinto Arauz, en el territorio de La Pampa.

La cantidad de muertos totales durante la ofensiva burguesa no se ha establecido aún, pero seguramente estamos frente a una de las masacres de obreros más grande de la historia del país. Que ella se perpetrara durante el primer gobierno elegido en condiciones “democráticas”, dice mucho acerca del contenido de clase de la democracia burguesa, tema sobre el que volveremos al final.

## Palos y tiros en la estepa

A fin de que el lector de esta obra tenga también un hilo conductor del relato, resumiremos el proceso general de las huelgas patagónicas. El capitalismo se desarrolló en la Patagonia sobre la base de la liquidación de la población nativa. Así, grandes porciones de tierras quedaron en manos de algunos pocos terratenientes. Sobre la expulsión y aniquilamiento de la población indígena comenzó armarse una estructura de producción ganadera, especialmente ovina, para el abasto de lanas y de carnes, a grandes comerciantes e industriales, muchos de ellos, ingleses y norteamericanos de origen<sup>5</sup>.

Ese desarrollo productivo consumía fuerza de trabajo. Ocupó obreros en los puertos y estaciones de trenes, en los frigoríficos y, claro, en las estancias. El trabajo de estiba, la descarga y sobre todo, la carga de la producción en los barcos, era una de las tareas que mayor cantidad de trabajadores ocupaba en una época donde la mecanización aún se hacía esperar. El frigorífico, por su parte, era una inmensa manufactura, donde cada trabajador realizaba una tarea repetitiva por horas. Además, el frío y los cuchillos filosos no son una buena combinación para los dedos, mientras el ritmo de trabajo no se detiene por nada. Los accidentes se sucedían a ritmo frenético, entre otros problemas que aquejaban a los obreros de esta rama.

---

<sup>4</sup>Para una síntesis de los “Sucesos de Villaguay”, de la “Masacre de Gualeguaychú” y las represiones del período en general ver: McGee Deutsch, Sandra: *Contrarrevolución en la Argentina. La Liga Patriótica Argentina, 1900-1932*, UNQ, Bernal, 2003, Cap. 3 y 4. También, Carranza, Darío: *Gualeguaychú 1921, Apuntes sobre la cuestión social*, Imprenta de la UTN, Concepción del Uruguay, 1987. Sobre La Forestal, el clásico de Gori, Gastón: *La Forestal, la tragedia del quebracho colorado*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1988. y Jasinski, Alejandro: *Revolución obrera y masacre en La Forestal*, Biblos, Buenos Aires, 2013.

<sup>5</sup>Giberti, Horacio: *Historia económica de la ganadería argentina*, Solar, Buenos Aires, 1986, p. 195.



De todos los trabajadores, las peores condiciones las sufrían los obreros de las estancias. En el campo se realizaban dos tipos de trabajos. Uno era permanente, vinculado a la cría del lanar, a su cuidado –de los zorros y los cuatros– y del movimiento de las ovejas hacia las pasturas. Como suele suceder en este ámbito, la jornada era de “de estrella a estrella” y a la intemperie. La vida obrera, transcurría en cuartos pequeños, sin las mínimas condiciones de salubridad, y contrastaba con la suntuosa existencia que llevaban los patrones en el “casco”, a pocos metros de distancia. Pero las peores condiciones las padecían los jornaleros temporarios, quienes trabajaban en la época de la esquila de las ovejas. Una verdadera “infantería ligera”, explotados por el capital donde lo necesitara. La composición nacional de estos trabajadores era variada. Obreros escasamente calificados, preocupados por encontrar el pan de cada día, con sus brazos como única propiedad. Luego de jornadas de doce o catorce horas, a un ritmo frenético porque se pagaba por oveja esquilada, llegaba la noche. Los obreros buscaban descanso sobre pilas de cueros, en los galpones que servían para la esquila o para guardar los implementos rurales y caballerizas. La esquila, que duraba cuarenta días o más, era la principal actividad de estos trabajadores. La primera parte de la historieta da cuenta de algunas de estas situaciones. Durante el tiempo de estiba, faena y esquila, estos trabajadores encontraban sus picos de ocupación, luego volvían al desempleo o la sub-ocupación en el mejor de los casos.

La organización de los trabajadores patagónicos comienza en las ciudades y puertos de la costa atlántica, donde grupos pertenecientes a actividades diversas se reunían en un sindicato “de oficios varios”. Precisamente, uno de ellos, la Sociedad Obrera de Río Gallegos, en julio de 1920, declaró la huelga a los hoteles exigiendo aumento de salarios. Como no todos los patrones aceptaron, comenzó el boicot (entre los boicoteados se encontraba el abuelo del ex presidente Néstor Kirchner), por lo que se inició una refriega entre los miembros del sindicato, la Policía y la Justicia. Finalmente, los patrones cedieron. El dueño de uno de los hoteles boicoteados, “El español”, tuvo que pagar el sueldo a cuatro obreros despedidos, de una sola vez y en el local sindical, lo que fue un pequeño golpe político. La burguesía de Río Gallegos comenzó a mirar con odio a quien surgía como uno de los principales organizadores, el “Gallego” Soto, secretario general de la Sociedad Obrera<sup>6</sup>.

---

<sup>6</sup>Sobre la figura de Soto se desató en los últimos años un debate que enfrentó a Bayer con Isidoro Gilbert y el historiador ibérico Lois Pérez Leira. El punto en discusión era la filiación política de Soto, sosteniendo los últimos su relación con el recién fundado Partido Comunista. La polémica se puede encontrar en la revista Ñ, los números de

La cámara patronal local, la Liga del Comercio y la Industria, desconoció los acuerdos salariales, por lo cual se reinició el boicot a los comercios implicados. Durante el armado de la huelga, en el local sindical se produjo una redada policial, apresando a los trabajadores que estaban en su interior. La intención del jefe de policía y del gobernador conservador Correa Falcón era separar a los trabajadores argentinos de los extranjeros, para expulsar a estos últimos mediante la aplicación de la ley de Residencia<sup>7</sup>. Su plan se vino abajo cuando el Ministro del Interior desestimó la medida, sugiriendo la puesta en libertad de los detenidos, hecho que no se produjo.

En tanto, los obreros apelaron a la acción directa, organizando un paro general hasta la liberación de los detenidos. Lentamente –como dice Bayer– la huelga se extendió como una mancha de aceite hacia el campo. La política del gobernador era insostenible y debió poner en libertad a todos los presos, no sin haber intentado medidas extremas para romper la huelga: días antes, se practicó un atentado contra Soto, a quien un desconocido intentó apuñalar mientras caminaba por una calle en la oscuridad de la noche. El cuchillo atravesó la ropa y fue a dar contra un reloj de bolsillo. El atacante, creyéndolo herido de muerte, huyó pensando que el atacado le dispararía. Horas después, a los gritos, Soto hizo que el mismísimo comisario, servidor conocido de los grandes comerciantes y estancieros, le tomara la denuncia por el ataque. Luego vino la liberación de los presos. La victoria de los obreros había sido total.

En noviembre, comenzó una huelga por mejoras para los trabajadores del campo. Habían sido los obreros rurales, venidos desde las estancias a la ciudad en momentos en que sus compañeros estaban presos, los que aseguraron la victoria. Como el conocimiento de la compleja geografía de la Patagonia rural no era uno de los fuertes de Soto y sus compañeros, se apoyaron en quienes habían promovido la movilización de la peonada en octubre: un grupo variopinto, compuesto por anarquistas de acción y aventureros de todo tipo, encolumnado detrás de dos italianos. Uno de ellos, denominado “el 68”, ex penitenciario de Ushuaia; el otro, conocido como “El toscano”, había sido carrero. Estos hombres, que avanzaban en columna a caballo, estancia por estancia, abanderados

---

junio a septiembre de 2011, que también incluyen cartas de la hija de Soto avalando el origen comunista. Véase Pérez Leira, Lois: *Antonio Soto desde Ferrol hasta el fin del mundo*, Grupo de Comunicación Galicia en el Mundo, Vigo, 2011.

<sup>7</sup>La ley de residencia, sancionada en 1904, permitía expulsar del país a los extranjeros que alteraran el “orden social”. Sobre la ley de residencia y el contexto en el que surge, recomendamos Oved, Iacov: “El trasfondo histórico de la ley de residencia”, en *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, n° 61, vol. 6, 1976.

por una bandera roja y una negra, tomaban a los estancieros como rehenes y engrosaban la columna con los peones. Fueron ellos quienes pararon efectivamente el campo. Se hacían llamar el “Consejo Rojo”.

Las negociaciones se cruzaban entre la Sociedad Rural de Río Gallegos y la Sociedad Obrera de la misma ciudad. Las demandas obreras giraron en torno a las condiciones de alojamiento, la prioridad de la contratación a obreros con familia, la entrega de velas y la necesidad de botiquines con las instrucciones en castellano. Requerimientos elementales. Sin embargo, la patronal no quiso conceder nada. Pensaron que los trabajadores se quebrarían. Mientras, en Puerto Deseado, un confuso episodio terminó con la vida de un huelguista, víctima de disparos desde la comisaría local. La tensión continuaba en ascenso.

Intentando apaciguar la situación, el Décimo de Caballería del Ejército argentino fue enviado a la zona, con la orden dada por Yrigoyen al Teniente Coronel Varela: “vaya y cumpla con su deber”. El 28 de enero de 1921 zarparon desde Buenos Aires con destino a Río Gallegos, unos 170 soldados y su oficialidad. Con la llegada de Varela al sur, comenzaron las negociaciones. Se reconocieron las peticiones de los obreros y, a cambio, se solicitó la inmediata vuelta al trabajo de los huelguistas, la entrega de los rehenes, de las armas y de los caballos. Los obreros habían vencido, o eso se pensó.

Por el contrario, comenzó, entonces, la contraofensiva patronal, estableciendo una vinculación con la Asociación Nacional del Trabajo para conseguir trabajadores “libres”, es decir, carneros que se encargarían de romper las huelgas. Con la trampa armada, comenzaron las provocaciones. La contratación de personal no afiliado a la Federación de oficios varios, los despidos de los obreros de Puerto Santa Cruz y otros hechos por el estilo, hicieron que los trabajadores respondieran con el boicot y con un paro general. Cuando el “personal libre” se hizo presente en Río Gallegos, se produjo un enfrentamiento, que terminó a los tiros, con los carneros golpeados y los obreros federados presos. La huelga se hizo más dura. El Ejército volvió a intervenir de la mano del Teniente Coronel Varela. Esta vez, la orden era más clara y el resultado, gracias a Osvaldo Bayer, ya conocido: el Ejército organizó y ejecutó una verdadera masacre, fusilando centenares de obreros, enterrados en fosas comunes. Todos estos sucesos se encuentran claramente graficados en las partes II y III de esta producción gráfica.

Como una especie de coda, este trabajo muestra también, en la parte IV, la historia de la vindicación, es decir, del ajusticiamiento de Varela a manos del anarquista Kurt Wilckens, quien, a su vez, sería asesinado por un miembro de la Liga Patriótica llamado Jorge Ernesto Pérez Millán Temperley. Fingiendo

locura, para ser internado en un hospital psiquiátrico, Pérez Millán es muerto por un paciente del nosocomio, Esteban Lucich, a instancias de otro anarquista, Boris Wladimirovich, uno de los primeros anarquistas expropiadores. Una saga digna de película, que cierra el episodio y sintetiza sus contradicciones.

## **Historia, militancia y lucha cultural**

Al comienzo de este sucinto prólogo, nos referíamos a la historia como espacio de disputa, a la necesidad de sacar al pasado del recuerdo para convertirlo en reflexión y futuro. La Historia debe explicar el pasado y trazar un camino. Nos enseña quién es el enemigo y nos muestra la naturaleza de su accionar. Recuperar la crítica científica, superando los estrechos límites del pensamiento hegemónico implica atreverse a pensar lo que se considera sagrado e incuestionable. La reconstrucción histórica que presentamos en forma de historieta, embiste una de esas “vacas sagradas” de nuestro régimen social. Es una crítica, a través de la denuncia, a la democracia burguesa en tanto régimen donde el poder de clase sigue siendo dominante y se impone a las formas “igualitarias”.

Para el sentido común, la democracia niega la existencia de las clases, en tanto cada individuo vale lo mismo, no importa su condición social. Es concebida, entonces, como el régimen “natural” de gobierno de una sociedad de individuos libres. Va de suyo que para estas conciencias alienadas, las manifestaciones de las contradicciones de clase, desde las más espectaculares (como las revoluciones o insurrecciones populares) hasta las más corrientes (las huelgas, las marchas o los piquetes) tienen que ser producto de agitadores externos. Miembros perversos de quién-sabe-qué-cosa que pretenden destruir ese vergel armonioso que es la democracia, donde todos viven felices. Sin embargo, la democracia (burguesa), es simplemente la dictadura de la burguesía como clase, una dictadura que expresa su plena hegemonía. En ese contexto, la represión asume la forma de “defensa de la ley y el orden”. Como el capital es su límite mental, no cae en la cuenta que esa ley y ese orden son burgueses, de modo que no hace falta salirse de la “legalidad” para imponer la dominación de clase. Esa “ley” es la dominación misma. No es extraño que el podio de los gobiernos más represivos con la clase obrera, esté ocupado, junto con el dictador más sangriento, por los dos presidentes más votados de la historia política argentina, ambos considerados “populares” y fundadores de movimientos históricos: Yrigoyen, Videla, Perón (en ese orden).

La utilización de la historieta para la crítica social es un recurso de larga tradición, que incluye, solo por mencionar algunos, a Maus, de Art Spiegelman,

sobre el holocausto, El Eternauta, de Oesterheld, sobre la lucha revolucionaria en los 70, e incluso, de un modo en apariencia más naif, la Mafalda de Quino, y su cuestionamiento del orden social a lo largo de varias décadas. Una forma artística que está lejos de la despolitización a la que se la pretende reducir, y cuya importancia se hace mayor si se recuerda que forma parte permanente, con los graffitis, por ejemplo, de las herramientas permanentes de la reflexión y la protesta juvenil. Todo ello hace a esta obra que aquí presentamos, un testimonio y un instrumento de las luchas en marcha y de las que se vienen, que necesitan, en forma imperiosa, recuperar su historia. Así, recuperando el pasado, se dibuja el porvenir.

## Para seguir...

Para el lector interesado en la historia de la clase obrera y del movimiento obrero, lo mejor es empezar por las obras escritas por los propios militantes. Aunque marcadas por un sesgo claro a favor de la corriente ideológica o partidaria a la que pertenecen, son ricas en descripciones y detallan con cuidado las diferencias políticas entre ellas. Las obras más destacadas son las del sindicalista

Sebastián Marotta: *El movimiento sindical argentino*, Calomino, Buenos Aires, 1970, 3 tomos;

el socialista

Jacinto Oddone: *Gremialismo proletario argentino*, Ediciones Líbera, Buenos Aires, 1975;

el anarquista

Diego Abad de Santillán: *La FORA: Ideología y trayectoria del movimiento obrero revolucionario en la Argentina*, Libros de Anarres, Buenos Aires, 2005;

y el comunista

Rubens Iscaro: *Historia del movimiento sindical*, Ciencias del Hombre, Buenos Aires, 1974, 4 tomos.

También resulta de utilidad la lectura de

Del Campo, Hugo: *El sindicalismo revolucionario (1905-1945)*, CEAL, Buenos Aires, 1986.

Bilsky, Edgardo: *La Semana Trágica*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2011.

Para acercarse a la comprensión del período, véase

Oved, Iacov: *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2013.

Bilsky, Edgardo: *La F.O.R.A. y el movimiento obrero (1900-1910)*, CEAL, Buenos Aires, 1985, 2 tomos.

Frydenberg, Julio y Ruffo, Miguel: *La Semana Roja de 1909*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2012.

Suriano, Juan: *Anarquistas: Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*, Manantial, Buenos Aires, 2001.

Sobre las organizaciones patronales:

McGee Deutsch, Sandra: *Contrarrevolución en la Argentina. La Liga Patriótica Argentina, 1900-1932*, UNQ, Bernal, 2003.

Rapalo, María Ester: *Patrones y obreros. La ofensiva de la clase propietaria, 1918-1930*, Siglo XXI editores, Buenos Aires, 2012.

Sobre la represión “democrática”,

Sartelli, Eduardo: “Celeste, blanco y rojo. Democracia, nacionalismo y clase obrera en la crisis hegemónica”, en *Razón y Revolución*, n° 2, primavera de 1996.

Sartelli, Eduardo: *La plaza es nuestra*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2007.

Para enmarcar el hecho en su contexto político,

Rock, David: *El radicalismo*, Amorrortu, Buenos Aires, 1988.

Testimonios de la época:

Ghiraldo, Alberto: *La tiranía del frac*, CEAL, Buenos Aires, 1972.

Gilimón, Eduardo: *Un anarquista en Buenos Aires*, CEAL, Buenos Aires, 1971.

Memorias de participantes directos o indirectos del período (los tres primeros obreros comunistas y anarquistas y el último, un policía) que pueden ayudar a comprender el clima del momento son:

Varone, Domingo: *La memoria obrera*, Cartago, Buenos Aires, 1989.

Lozza, Arturo Marcos: *Tiempo de huelgas*, Anteo, Buenos Aires, 1985.

Riera Díaz, Laureano: *Memorias de un luchador social*, Edición del autor.

Romariz, José: *La semana trágica*, Hemisferio, Buenos Aires, 1952.

Obviamente, la obra de Bayer es de lectura más que imprescindible:

Bayer, Osvaldo: *Los anarquistas expropiadores*, Legasa, Buenos Aires, 1986.

Bayer, Osvaldo: *Los vengadores de la Patagonia trágica*, Galerna, Buenos Aires, 1974.

Bayer, Osvaldo: *Severino di Giovanni, el idealista de la violencia*, Galerna, Buenos Aires, 1970.

La Semana Trágica ha dado también material para la literatura, tanto en el momento mismo, como en la producción escrita posterior. Sobre lo primero, pueden leerse las sátiras de

Mono Sabio (Seud. de Alfredo Palacios Mendoza): *El crimen de la calle Brasil*, Los Contemporáneos, Buenos Aires, 1920. Reimpreso en *Razón y Revolución*, n° 9, otoño de 2002 [Véase también allí el análisis de la obra por Rosana López Rodríguez: “Infancia, sátira y revolución”.]

Cancela, Arturo: “Una semana de holgorio”, en *Tres relatos porteños*, Buenos Aires, Nuevo Siglo, 1995.

Muestras de lo segundo son:

Mazía, Floreal: *Enero rojo, Semana negra*, Cartago, Buenos Aires, 1974.

Rivera, Andrés: *El profundo sur*, Alfaguara, Buenos Aires, 1999.

Viñas, David: *En la semana*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2011.

El cine, por último, deja una joya imperdible:

*La Patagonia rebelde*, dirigida por Héctor Olivera, con guión del propio Bayer.

También, véase el documental de Eduardo Anguita, *La vuelta de Osvaldo Bayer*.